


«ELEMENTOS DE UN MÉTODO DE EDUCACIÓN PARA LA PAZ Y RESOLUCIÓN DE CONFLICTOS PARA LA INFANCIA Y JUVENTUD EN VULNERABILIDAD DE SUS DERECHOS»

Luis Cárdenas Vásquez
SERPAJ CHILE



 La comprensión y explicación del niño(a) o joven en situación de riesgo social, que ve vulnerado sus derechos y que incursiona progresivamente en conductas conflictivas reñidas con las normas sociales o abiertamente con principios legales, ha evolucionado desde doctrinas que hacen prevalecer los aspectos biológicos y la responsabilidad individual en la conducta, hasta explicaciones que recogen la comprensión holística de los fenómenos sociales que permiten considerar la influencia del entorno en la conducta del individuo.

De esta manera, se puede afirmar que la conducta humana (saludable o disfuncional) se considera como producto de un proceso interactivo entre el individuo y su medio ambiente.

Con el concepto de «ambiente», nos referimos a factores macro y microestructurales; desde las relaciones entre los individuos con su entorno inmediato hasta el contexto social, económico, cultural e insitucional en donde éste se desenvuelve.

Pobreza, Conflicto y Violencia

Si bien no hay una causalidad directa **entre pobreza y CONFLICTO**, entre **pobreza y VIOLENCIA**, sin duda la pobreza coloca a quien o a quienes la viven en una situación de vulnerabilidad. La pobreza es un elemento de estrés crónico o de violencia latente, que provoca que el individuo se sienta en una situación de desequilibrio y vea amenazada su integridad física y psíquica en forma permanente. Las condiciones socioeconómicas son en definitiva causa directa o coadyuvante de procesos de violencia y generación de conflictos.

Se debe destacar en forma especial la relación existente entre vulnerabilidad psicosocial y pobreza, en sus efectos para la familia, la infancia y juventud de sectores populares. Esta situación es susceptible de ser abordada desde la perspectiva de la **cultura de los derechos humanos** y desde la **cultura de la paz**.

Cultura de los derechos humanos

Desde la **cultura de los derechos humanos**, en efecto, la pobreza debe ser

considerada como «*situación de privación de lo necesario*» (Valentine), como «*situación social que priva doblemente: de los bienes y servicios básicos y de condiciones de dignidad de la vida*». Los derechos humanos nos remiten, entonces, a la **dignidad del cuerpo** y a la aspiración de que en la sociedad haya lugar para la vida corporal de todos, porque «*todo lo que llamamos vida acontece corporalmente; es, a través de nuestros cuerpos, dónde aún lo propiamente espiritual se puede experimentar*» (Hugo Assmann). Este concepto **vida-corporalidad** es aplicable tanto al ámbito de la existencia individual, como análogamente, a la inserción en procesos bio-sociales, los que conforman sistemas dinámicos con modos diversos de autorregulación. En este sentido, «*es posible hacer una relectura de toda la ética de los derechos humanos bajo el ángulo de los derechos de los cuerpos y de las relaciones de nuestro cuerpo con el mundo*» (Umberto Eco).

A este respecto, la perspectiva de una *cultura de los derechos humanos*, se ve reforzada por el reconocimiento del valor e importancia que cobra la aplicación a nuestro ordenamiento jurídico nacional del instrumento internacional de la **Convención de Los Derechos del Niño**. El nuevo paradigma que introduce esta Convención es la consideración del niño(a) como **real sujeto de derecho**.

La Convención nos viene a demostrar que de la manera que el ordenamiento jurídico de un Estado trate a los niños, de esa manera dará cabida a una sociedad más plenamente democrática, solidaria y respetuosa de los derechos humanos de todos y cada uno de sus ciudadanos. La condición de sujeto de derecho de los niños, y no en cambio sólo

como destinatarios de acciones asistenciales o de control social por medidas ejecutadas por el Estado, es una visión nueva y fundamental del Derecho Internacional de los Derechos Humanos.

La legislación de los estados sometidos a la Convención ha de considerar esa condición de sujetos de derechos, sin cancelarla a pretexto de consideraciones de bienestar provenientes del diseño de políticas sociales. Estas políticas sociales han de ejecutarse sin desmedro de la condición de sujetos de derechos que los niños poseen. Esa condición habrá de orientar y, a la vez, limitar, las políticas públicas de los estados. Así mismo, la Convención traza una línea de continuidad entre **la infancia y condición de ciudadanía**. La ciudadanía entendida no como la mera adscripción de derechos, sino como la capacidad de utilizar esos derechos para ser oído. Es propio del ciudadano tener voz y ser capaz de asumir puntos de vista. Existe, por tanto, una estrecha vinculación entre derecho a ser escuchado y la condición de ciudadanía.

Cultura de la Paz

Por otra parte, desde la **cultura de la paz**, cabe considerar la **situación de conflicto que genera la pobreza**. La violencia de los sistemas cotidianos, estructurales y simbólicos, aplastan las necesidades corporales de las familias y de niños(as) y jóvenes en los sectores populares, lo que a su vez provoca aumento de violencia en el medio familiar y social, tanto por la

privación de los medios materiales de la vida como por la privación de afecto y del sentido de la vida.

Weinstein, afirma que los pobres se integran al sistema social, pero de un modo inestable y subordinado. Muchos de los conflictos que presentan, se deben a su forma de inserción en la sociedad que produce, no sólo dificultades para la sobrevivencia material, sino que hace que tengan obstáculos para las metas y medios que prescribe la sociedad.

Más allá de la privación económica, los efectos psicosociales de una situación de pobreza llegan a conformar un sistema de vida, estable en el tiempo, y que viene de generación en generación, a lo largo de una historia familiar con diversos grados de conflictos e inadecuación en la forma de inserción en la sociedad.

Pobreza y aprendizaje de la desesperanza

En tal sentido, puede comprenderse una directa relación entre **pobreza y aprendizaje de la desesperanza**, entendiendo ésta como *«aquellas experiencias de no logro, repetidas en el tiempo»*. Es importante aclarar que la pobreza en sí, no produce necesariamente comportamientos tales como inactividad, pasividad, hostilidad o desarraigo. La vivencia de la pobreza no es determinista en los comportamientos o actitudes de las personas. Sin embargo, entre los impactos de la pobreza, Seligman descubre que la pobreza trae consigo frecuentes e intensas **experiencias de**

incontrolabilidad e inestabilidad, es decir, la sensación de que a pesar que se han hecho esfuerzos intencionados, los factores externos son más determinantes, y no se tiene control de la situación. Tanto más intensas y tempranas sean las vivencias e impactos de la pobreza, hay mayor efecto hacia experiencias, disposición y actitudes de vulnerabilidad, indefensión, desesperanza y conductas de socialización desajustadas y conflictivas.

Violencia y aprendizaje de la lógica de la guerra

Desde la **cultura de la paz**, la situación de los jóvenes, niños y niñas ya sea en situación de vulnerabilidad de sus derechos, en situación de riesgo social, en circunstancias de convertirse en infractores de ley o bien con características de conductas conflictivas, nos lleva a tomar sensibilidad y hacernos cargo como sociedad de la **grave situación de marginalidad y de exposición a la espiral de violencia que ellos sufren**. Situación de violencia tanto en el nivel policial y represivo, como en el propio nivel delictivo donde se gesta el joven infractor o en conductas conflictivas.

Situación de violencia que proviene de una sociedad que culturalmente discrimina y estigmatiza a un niño y/o joven pobre como un potencial delincuente, así como de las condiciones psicosociales, familiares y socioeconómicas que son las causas que, en definitiva, generan las conductas desadaptadas, agresivas y en conflicto con la justicia.

En estas circunstancias, una visión basada

en la cultura de la paz, se esfuerza por romper este círculo de violencia y por **superar todas las formas que configuran el paradigma de «la violencia como respuesta a la violencia»**. Ya sea la violencia de la sociedad para reprimir al agresor (con medidas de tolerancia cero o simple negación de sus derechos básicos), o bien, la violencia del desadaptado/marginado para sobrevivir en medio de una sociedad que lo violenta desde el momento de nacer.

¿Represión o búsqueda pedagógica de integración?

Desde la cultura de la paz y la no-violencia, creemos en una sociedad que siempre podrá hacer más y mejores esfuerzos para ser más humana y solidaria, al mismo tiempo que creemos en la capacidad y posibilidad real de «recuperación del sujeto y su dignidad». Se trata de optar por caminos y formas de resolución del conflicto, que descarten soluciones que destruyen a la persona en lugar de ofrecer los medios para integrarse a la sociedad en forma alternativa al delito.

Una pedagogía de resolución alternativa y creativa frente al conflicto nos da cuenta de que las medidas o penas alternativas a la privación de libertad, a la larga dan mejores resultados, porque, respetando los derechos humanos de los niños y jóvenes infractores de ley, se propone establecer con ellos un «nuevo trato», en el que ellos aprendan también la perspectiva del respeto a los derechos humanos de los demás.

En este sentido, la recomendación de la Convención coincide en establecer que la

privación de libertad del niño «se utilizará tan sólo como medida de último recurso y durante el período más breve posible». La cárcel, pese a que siempre se puede avanzar más en «humanizarla», es (y acaso seguirá siendo) el paradigma de la violación a los derechos. Desde esta perspectiva, la privación de libertad de niños y jóvenes va a resultar como un recurso **desproporcionado** (porque subjetivamente es mucho más dolorosa para un niño), **perjudicial** (para cualquier intento de promover un desarrollo constructivo, reeducador o rehabilitador) y **socialmente contraproducente** (porque a la larga produce más delincuencia). La cárcel, parecerá a veces inevitable emplearla, pero precisamente partiendo de lo que realmente representa. Los esfuerzos de una Pedagogía de resolución alternativa y creativa de los conflictos serán para limitar su aplicación lo máximo posible, coincidiendo con el espíritu de la Convención, las aspiraciones y fundamentos de una cultura de la paz y, felizmente ahora, con los nuevos criterios y medidas que establece el Anteproyecto de Ley sobre «Responsabilidad por infracciones juveniles a la ley penal» preparado por el Ministerio de Justicia y en proceso de tramitación en el Parlamento.

Pedagogía de resolución de conflictos

De acuerdo a los elementos antes descritos, cobra importancia un método de trabajo denominado como **Pedagogía de Resolución de Conflictos**, en cuanto aplicación de los principios de la no-violencia y cultura de la paz.

Es decir, en los diversos proyectos y líneas de acción que se realicen para superar los conflictos que viven los distintos grupos objetivos o sujetos del mundo popular en situación de pobreza y vulnerabilidad psicosocial, en los cuales se desarrolla la misión de SENAMF, se trata de buscar la **«recuperación del sujeto»**, en sus dimensiones personales y socio-comunitarias. Lo fundamental es *desaprender la violencia, la desesperanza y el miedo*. El objetivo central será buscar, para el sujeto en situación de pobreza y vulnerabilidad, la toma de conciencia de su dignidad y autoestima, la superación de sus miedos y frustraciones, y, la posibilidad efectiva de asumir su propia capacidad de dar respuesta a los conflictos.

En tal sentido, las situaciones de vulnerabilidad pueden ser revertidas mediante los propios recursos personales, fortalezas y desarrollo de habilidades para hacer frente a las situaciones conflictivas, lo que es conocido hoy bajo el concepto de **«resiliencia»** (Edith Grotberg). El **crecimiento en la autoestima** se logra en el desarrollo de la participación grupal, mediante la participación con otros para conseguir **autovaloración y capacidad de cambio y de resolución de conflictos**.

Del mismo modo, la dimensión práctica de *«aprender haciendo»* y *«junto a otros»* (la familia, la comunidad y redes locales) sirve para desarrollar la capacidad de asumir **responsabilidad o recuperación de la conciencia social** que permite autogenerar y asumir iniciativas en su entorno.

Esta perspectiva de trabajo se realiza, entonces, dentro de un marco de factibilidad

y esperanza, por cuanto no todo está perdido, en la medida que siempre es posible realizar diversos esfuerzos e iniciativas para la recuperación del sujeto y su dignidad y para activar las capacidades y recursos, el protagonismo propio del sujeto y de sus redes de relación en las instancias comunitarias de su entorno.

Precisamente, el valor profundo de la no-violencia tiene que ver con la convicción de la **grandeza de la persona**, es decir, con la **capacidad y poder** de cada sujeto, personal y socialmente, su capacidad de oponer resistencia a la violencia exterior, de desobedecer la lógica ciega de la violencia e injusticia dominante y encontrar la *«fuerza de la verdad»* en su propia dignidad como persona y su efectivo protagonismo para el cambio y para asumir propuestas positivas y creativas en la resolución de los conflictos que eliminan las formas y fuentes de la violencia.¹

En definitiva, frente al **proceso de la vulnerabilidad** generada por condiciones de pobreza y de privación de medios dignos de vida, que en lo fundamental resienten y vulneran la capacidad de ser sujeto y constituyen un aprendizaje de la desesperanza, en cuanto experiencia emotiva y tradición cognitiva (resignación) de incapacidad de control de lo externo y de indefensión resentida ante el entorno social, se encuentra la posibilidad de sentido en cuanto **capacidad de recuperación del sujeto y de la esperanza**.

¹En esta perspectiva cuando Gandhi habla de No-violencia se refiere al encuentro de la «satyagraha» («fuerza de la verdad» que dignifica a la persona) y de la «ahimsa» («no uso de la violencia» que recurre a una fortaleza superior que supera la violencia)

Esto es, el trabajo metodológico integral de una **Pedagogía de Resolución de Conflictos** que significa un proceso de *desaprender la lógica de la desesperanza, de la violencia y de la injusticia dominante*, mediante el descarte de toda forma de asistencialismo o paternalismo, en la medida que se despiertan espacios, capacidades y habilitación del protagonismo, a niveles personal y comunitario.

De tal manera, nuestras iniciativas deberían intentar superar visiones que ponen el acento en las características deficitarias y carenciales del sujeto de intervención o del sistema comunitario, ya sea por los índices de privación económica, cultural, educacional, sensorial o deterioro de los sistemas socializadores (familia, escuela, pares), lo que provoca un peligro siempre latente de institucionalización asistencialista, represiva o represora hacia el sujeto de intervención y su entorno comunitario local.

Por el contrario, una propuesta de intervención metodológica de Resolución de Conflictos quiere poner el énfasis en una visión positiva y creativa de las posibilidades de nuestro sujeto de intervención. A partir de las condiciones peculiares de vulnerabilidad, de sus privaciones emotivo-cognitivas, de sus miedos y frustraciones, poder generar procesos de cambio y fortalecimiento de sus recursos personales, comunicacionales y sociales, de la potencialidad de sus alegrías y esperanzas.

Sistema comunitario y redes sociales

Por lo mismo, dado que nuestro sujeto de intervención pertenece a un contexto propio y local, es necesario un **encuadre positivo de su sistema comunitario** en términos de recursos y de la posibilidad de emergencia de éstos, su distribución, manejo y optimización. Recursos psicosociales propios de las redes, recursos relacionados con el poder, participación en organizaciones comunitarias, implementación de proyectos que contribuyan al desarrollo local. A este respecto, es importante señalar que la intervención en los sistemas comunitarios populares, debe necesariamente ser entendida desde sus propias reglas de funcionamiento y dentro de su lógica cotidiana. Para esto, es de suma importancia el **modo de inserción** y la forma de aproximarse al conocimiento de la comunidad, de los medios más utilizados para la sobrevivencia cotidiana, los festejos, las historias y los acontecimientos que la gente recuerda del sector, etc. Lo cual está dado por la legitimación de las instituciones en el sector, de la manera de relacionarse con la escuela, familia y grupos diversos de la comunidad.

Cabe destacar, que un mediador de los efectos de los eventos negativos es el **apoyo social o redes sociales**, definidas estas como el conjunto de contactos personales que intercambian apoyo afectivo, ayuda material y otros servicios tales como información y contactos sociales.

En cuanto a sus funciones, **las redes sociales** posibilitan la integración social de las

personas, contribuyen al desarrollo de su identidad, cumpliendo una función de compañía, apoyo emocional, guía, consejo, regulación social, ayuda material y servicios; las redes deben partir de la historia personal y de la propia identidad de las personas.

Cabe señalar que las redes sociales tienen ciertas características estructurales y cualitativas. Dentro de estas características estructurales que se consideran importantes para la capacidad de entregar apoyo, se pueden mencionar: la intimidad (que permita comunicar hechos y sentimientos privados), integridad social (permite preocupación e intereses compartidos), aconsejar (se refiere a la capacidad de dar oportunidad de aconsejar y guiar a otros), valoración (que reafirma la autoestima), confianza (que significa la alianza confiable) y orientación.

Elementos Componentes de un método de resolución no violenta de los conflictos

De acuerdo a una visión integral, social y humanista del problema de la vulnerabilidad de los niños(as) y jóvenes por causa de condiciones de pobreza, **Serpaj** buscará intencionar una estrategia de intervención basada en «la profundización de las implicancias sociales de un modelo de gestión en redes», con el fin de «consolidar un trabajo comunitario preventivo y/o de rehabilitación», a partir tanto del protagonismo propio de los sujetos infante juveniles y otros actores sociales de la comunidad (familia, dirigentes comunitarios), como también a partir de las realidades locales y sus redes de organiza-

ciones e instituciones públicas y privadas.

Consideramos relevante la necesidad de superar modelos de Prevención y/o Rehabilitación reductivos, basados exclusivamente en aspectos bio-psico-médicos, en formas asistencialistas o en aspectos estrictamente de información-cognitivos.

En tal sentido, los componentes y estrategias de un Método de Prevención y/o Rehabilitación para superación de los conflictos de una infancia dañada o en grave riesgo de vulnerabilidad de sus derechos debe contemplar los siguientes **NIVELES Y DIMENSIONES** fundamentales de intervención:

- **Nivel de la Emotividad:** que asume la necesidad personal y emotivo-corporal del NIÑO-JOVEN para recuperar niveles mayores de auto-estima y auto-valoración como factores claves para la auto-ayuda, auto-protección y proceso re-educativo. Como estrategia de ejecución se deben buscar formas de espacios educativos, mediante talleres o programas de orden psicosocial que permitan que los niños(as) y jóvenes desarrollen su expresividad y emociones, sus sentimientos y conflictos, adquiriendo habilidades personales y de interacción social, a partir de sus propias capacidades y dentro de un proceso de re-educación y desaprendizaje de la violencia, los miedos y desesperanzas.

- **Nivel de lo Valórico:** que afirma la capacidad de conciencia de los niños (as) y jóvenes, por cuanto son capaces de desarrollar valores y adquirir conciencia y cultura de responsabilidad

y dignificación de sí mismo para «decir» y «hacer» algo por su sociedad que lo margina o estigmatiza. En los propios talleres y programas se realiza este proceso formativo hacia valores y un marco orientador para afirmar la dignidad del niño (a) y joven y reforzar la responsabilidad ante sí mismo y ante los que le rodean.

• **Nivel de lo Práxico:** que asume la dimensión práctica de «aprender haciendo» y «junto a otros» desarrolla capacidad de asumir responsabilidad o recuperación de conciencia social. En los talleres y programas de trabajo los niños (as) y jóvenes tienen la posibilidad de planificar sus iniciativas y ejecutar diversas acciones demostrativas de su responsabilidad práctica hacia los demás, hacia su comunidad y entorno. Se profundizan diferentes grados de Prevención o de Rehabilitación cuando los niños (as) y jóvenes son capaces de asumir su protagonismo y se responsabilizan tomando en forma práctica, iniciativas de réplica de la acción reeducativa, mediante iniciativas culturales, recreativas, deportivas, ecológicas, educativas, comunicacionales, es decir, capaces de implementar por sí mismos diversas iniciativas o formas de servicio hacia «otros», ya sea a sus pares, u otros grupos de su entorno comunitario.

• **Nivel de lo Proyectivo:** que asume que los procesos de Prevención y/o Rehabilitación deben contemplar la superación de visiones de plazos inmediatos o de cortoplacismo. Por el contrario, se debe buscar la posibilidad de generar en los niños (as) y jóvenes una capacidad de articular un proyecto de vida, que a mediano

y largo plazo permita asegurarles nuevas condiciones de vida y superar las situaciones de riesgo y vulnerabilidad psicosocial. En tal sentido, el método de trabajo implica que los niños(as) y jóvenes de nuestros Centros de Prevención, o Rehabilitación tengan la posibilidad de acceder a instancias efectivas y eficaces de «oportunidades de futuro», de reales posibilidades de planificar y concretar un «proyecto de vida». Para lograrlo el método aplicado en el proyecto buscará conectar al joven a esas oportunidades, mediante su inserción a planes de capacitación laboral, de educación formal (básica, media o superior), o a instancias laborales propiamente tales.

Estos recursos están disponibles en instancias públicas y privadas, en las políticas sociales y municipales, pero no existe muchas veces la instancia que haga el puente, la efectiva inserción de jóvenes que están en la exclusión o en grave riesgo psicosocial.

Los recursos del proyecto, de acuerdo a este método serán los mínimos necesarios para acompañar al joven en este proceso de orientación, inserción y mínimo plan de seguimiento para su mantención y permanencia, de manera de dar **sustentabilidad proyectiva** al proceso de Prevención y/o Rehabilitación.

• **Nivel del Proceso Social Integrador:** que comprende que el proceso de la intervención reeducativa debe hacerse mediante la interacción de múltiples sujetos y actores, más allá del propio sujeto infante-juvenil. En tal sentido, el método contempla la inclusión de diversos productos de integración de actores a

la búsqueda de resolución del conflicto de la infancia desprotegida y en situación de vulnerabilidad de sus derechos y en conflicto con la justicia. Así, la participación de la familia, como red primaria y originaria es fundamental. Así también, la participación de profesionales y agentes intermedios, públicos y privados, para que tomen conciencia, se formen en el diseño de técnicas y estrategias de intervención y participen en la búsqueda de caminos de solución a estos conflictos de los niños(as) y jóvenes. La participación de otros jóvenes, de dirigentes comunitarios y sociales del entorno de cada Centro es clave y fundamental. La activación, fortalecimiento y coordinación de Redes Locales de Prevención (y/o) Rehabilitación, a partir de la participación de las organizaciones sociales y comunitarias, de instituciones públicas y privadas a nivel local donde se aplica el proyecto, en la medida de que son estas redes e instancias organizativas las que pueden hacer perdurar los efectos de la intervención preventiva, darle continuidad a diversas iniciativas y replicabilidad hacia otros grupos de beneficiarios.

Utopía y esperanza para animar y provocar un proyecto histórico

Esta perspectiva metodológica antes expuesta, necesariamente debe ser considerada en perspectiva utópica, es decir, debe ser vista como **proyecto de esperanza**. Se trata de un **proyecto pedagógico** que desde la cultura de la paz busca generar participación democrática, superación de todas las formas de autoritarismo, arrogancias, intolerancia o masificación,

despertando capacidades y fortalecimiento de la sociedad civil para autosustentar sus respuestas creativas, no violentas y alternativas.

Esta utopía provocadora de nuevas realidades, de reinención crítica de los conflictos y bloqueos del poder violento, forma parte de una visión de **«realismo esperanzado»**, de eso que nos hablaba Paulo Freire, cuando decía: **“La verdadera realidad no es la que es sino la que puja por ser”**. Es realidad que es esperanza de sí misma:

«... en estos momentos históricos, como el que vivimos hoy en el país y fuera de él, es la realidad misma que grita... cómo hacer concreto lo inédito que nos exige que luchemos por él».

Ciertamente, la esperanza sola no transforma el mundo, pero no es posible prescindir de ella si se quiere tener voluntad de cambio. Vuelve a decir P. Freire: *«Necesitamos la esperanza crítica, como un pez necesita el agua pura».*

Sin esperanza no podemos ni siquiera empezar procesos transformadores, pero sin procesos la esperanza se corrompe y se convierte en «trágica desesperación», y desesperanza es lo mismo que quietud, inmovilismo, mantener el *status quo*.

Un proyecto de esperanza es un proyecto histórico, por cuanto la historia está siempre cargada de posibilidades, a la vez que necesita de nuestros esfuerzos y luchas. La esperanza necesita de la práctica, de la acción para no quedar en simple deseo. *«La esperanza necesita hechos para convertirse en realidad histórica»*.(*)

(*) Citas de Paulo Freire, *Pedagogia da esperança*, Rio de Janeiro, De Paz e Terra, 1992.